

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » »	
500 » » » » 25 » »	
1000 » » » » 50 » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada del presente número:
7.400 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

UNA HUELGA SENSACIONAL

El que os habla, señores, es un fraile conspirador.

He tenido que intervenir muy recientemente en un gran mitin que hemos tenido todos juntos en la República de Andorra.

El objeto de la reunión era ver lo que los frailes y monjas, en virtud de la solidaridad de clase, habíamos de hacer en adelante, ya que *El Socialista* del gran Pablo Iglesias, comentando como acostumbra a hacerlo el levantado documento episcopal en que se pedían mejoras económicas, muy justas, para el clero, aconseja a éste que *debe declararse en huelga*.

Hablaron todos: hablaron los Capuchinos, los Jesuitas, los Dominicos; hablaron las Hijas de la Caridad, las Terciarias, las Blancas, las Azules, y las de todos los colores. Al fin pidieron mi parecer.

Levantéme, tosí, saqué la poquísimas voz que me ha quedado, y les dije sobre poco más o menos:

«Yo, hermanos y hermanas mías en Nuestro Señor Jesucristo, soy de parecer que por de pronto dejemos el hábito, que nos vende. Luego dejemos las Iglesias, que nos cuestan mucho, y hagamos unas regaladas y cómodas casas de campo, donde darnos buena vida. Comamos bien y durmamos delicadamente hasta las nueve o diez, en vez de levantarnos a media noche o de madrugada a confesar, rezar y decir misa.

¿Comulgar? Que comulguen con ruedas de molino. ¿Confesar? ¡Es muy pesadol que se vayan a confesar y contar cuentos a sus abuelas y que pidan consejos a los abogados de pobre. ¿Visitar enfermos? ¡Hombre! Y por qué hemos de levantarnos a media noche a asistir a tísicos y virulentos, tísicos y cancerosos, a oler porquerías y ver postemas, y oír impertinencias, y enjugar lágrimas?.. ¡Allá

ellos! o sino a los médicos, que cobran bien.

En cuanto a la predicación, ved cómo pienso yo predicar en adelante. No pienso dar un buen consejo; a los jóvenes pienso decirles que se den todo cuanto puedan a la diversión, al amor, a la alegría... que no dejen pasar sin gozar los impulsos de la juventud, que no desprecien las rosas y las flores del amor. A las jóvenes, que se dejen de remilgos y de escrúpulos, que vayan sin recelo a los teatros y a los bailes y a los placeres. A las señoras y señores, que no crean en todo eso de la santidad del matrimonio y den las naturales expansiones al alma. A los obreros que no sean bobos, que no hay cielo, y que no se dejen dominar de una pandilla de burgueses comilones, egoístas, codiciosos. A los capitalistas y burgueses, que traten a los proletarios como se merecen, a la tigazos. Así pienso predicar. Yo no pienso aconsejar ya a nadie ni paciencia, ni caridad, ni pudor, ni nada... ¿Para qué? ¿Para crearme enemigos? Mirad cómo los que adulan a unos y a otros crecen y engordan...

Los colegios hay que cerrarlos. Ya sabéis que dan horrible que hacer y muy poca ganancia. El dinero y trabajo empleado en ellos, puesto en cual quier otra empresa rendirá mucho más.

Y vosotros, religiosos y buenas monjitas, cerrad tantas escuelas como tenéis para pobres. Hermanitas de los pobres, despedid a vuestros viejos, y que los recojan sus hijos. Hijas de la Caridad, cerrad las casas cuernas, y los asilos, y abandonad los hospitales, que recojan ellos sus expósitos y alimenten sus chiquillos. Hermanas enfermeras ¡andal y que se asistan ellos como quieran. Adoratrices, Oblatas, todas las que recogéis y educáis con tanto cariño a las extraviadas, dad suelta a toda vuestra gente, y que se vayan a las casas de perdición, y pueblen las calles y plazas de perdidas. Monjitas y frailes que cuidais de huérfanos, de escrupulosos,

de incurables, de locos y desgraciados de todo género, dejadlos, cerrad vuestra casa y marchaos. Yo por mi parte y mis hermanos no pensamos apoyaros, ni aconsejar a nadie que os siga, ni animaros en vuestros desalientos.

Por supuesto, vosotras, monjitas claustradas, que, dando buen ejemplo de abnegación, os encerrabais para hacer penitencia por los mundanos y orar por los necesitados, dejad vuestra anticuada vocación!

¿No veis que, a pesar del bien que les hacemos, dicen que somos unos parásitos, unos halgazanes, unos ignorantes, unos vampiros?.. Pues que los que quieran consejo, consuelo, educación, buena muerte, limosna, asistencia en la desgracia, etc., etc., que vayan a las casas de Lerroux o Pablo Iglesias, al congreso o a la casa del pueblo. Andad, y que los anticlericales consuelen y dirijan las conciencias hacia los ideales de su humanidad, que son los de revolcarse en todos los vicios y desenfrenarse en todas las concupiscencias.

Vamos a pasar la vida lo mejor que podamos, comiendo un poco mejor, durmiendo un poco más, estudiando un poco menos, robando lo que podamos, porque ya nos han robado a nosotros, más de lo que nosotros podemos robar, adulando, engañando, ganando.

Y, por supuesto, dejémonos de nuestra mansedumbre y paciencia. Duro a quien nos ataque y quiera quitarnos los privilegios que se nos deben. Nos ayudaremos mutuamente, como una de tantas sociedades políticas, de socorros mutuos, de las que hay en todos los partidos, y así seremos más respetados, y si no más que ridos, por lo menos más temidos y más reverenciados.

¿Qué os parece?..

**

Hubo un momento de vacilación. Yo pensé que herviría la sangre de todos aquellos religiosos y religiosas

que tan perseguidos y maltratados habían sido en muchas partes.

Pero... me respondieron las Hermanitas que ¡cómo iban ellas a desamparar a sus viejecitos! Las Hijas de la Caridad que ¡pobres criaturitas de su asilo! Los Jesuitas que ¡pobres almas que se condenan! Los de San Juan de Dios que ¡pobres de nuestros locos! Los de la Doctrina cristiana que ¡pobres estudiantes! Los frailes todos que ¡pobres de nuestros cristianos! Las Terciarias de San Francisco que ¡pobres de nuestros leprosos! Y todos, en fin, que estaban deseando volver y que volverían, en efecto, a trabajar tanto o más que antes, y a hacer tantos y más beneficios que antes, a amar y remediar y consolar y hacer morir bien a todos sus amigos... y enemigos...

¡Vaya! me dije, no se puede con estos insensatos que tienen la locura de la Cruz. ¡Oh venganza religiosa! ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino... de los cielos.

Y lo que es peor, en vez de vencerles yo a ellos ¡ellos me convencieron a mí. Impíos anticlericales, yo, fraile, apesar de lo que me odiais, me vengo de vosotros... amándoos de todo corazón!

R. S. Y.

¡Pobres combatientes!

¡Señor, Señor, la paz!

El cronista madrileño Sr. Azpeitúa ha logrado recientemente penetrar en las trincheras alemanas del Somme, y nos da noticias horripilantes de lo que allí oyó y presenció. Veán nuestros lectores en los siguientes fragmentos una parte siquiera del cuadro de horrores que en aquel campo de batalla se desarrollan, para aprender a maldecir cada vez más de tan sangrienta guerra.

Entramos—dice—por un pasillo abierto en la tierra, largo de cinco metros, y que desciende a medida que avanza. Al final está el cuarto o agujero del capitán que manda parte de las fuerzas. Este oficial y dos tenientes nos reciben un poco asombrados al ver civiles en aquel lugar. Son las once y a las nueve rechazaban el tercer ataque inglés del día.

No pueden asegurar que este sea el último. Pero podría creerse que sí, porque la artillería enemiga se muestra más activa al Este.

—Desde las tres de la madrugada hasta las cinco—nos cuenta—nos bombardearon más de cuarenta piezas. A las cinco y media esto era el infierno. A las seis y media vimos avanzar a los primeros grupos de infantería. A las seis y diez quedaba rechazado el primer ataque. El otro fué a las ocho, y el último a las ocho y tres cuartos. ¿Quieren ustedes ver lo que han conseguido? —nos pregunta el capitán sonriendo.

Salimos del agujero, y la luz del sol nos ciega por algunos instantes. El capitán nos conduce por la zanja hasta un puesto avanzado, en donde acecha sigilosa, vigilante, como gato en posición de caza, la ametralladora.

El cuadro que se presenta cuando se mira por la estrecha abertura por donde asoma el cañón de la ametralladora causa espanto. Las defensas de alambre han desapare-

cido, y cubriendo las estacas y las marañas de púas están los cuerpos de los soldados ingleses. ¿Cuántos son? Se calculan en 800 hombres las pérdidas sufridas por el enemigo en los tres ataques últimos; pero cayeron encima de los cadáveres ya en descomposición de los que sucumbieron en ataques anteriores.

Llegaron hasta muy cerca de la trinchera alemana, algunos se asomaron por encima del parapeto, y, en el tercer asalto, un capitán australiano cayó dentro de la zanja como si viniera despedido por una catapulta.

—Fijese usted bien—nos dice el capitán. —¿Qué se ve?—preguntamos—. ¿Más cadáveres?

—No; si se fija usted bien verá cómo algunos cuerpos se mueven, cómo de cuando en cuando alguno quiere incorporarse. Están heridos, no están muertos; pero no hay medio de prestarles socorro.

Volvemos a observar por la abertura, y, en efecto, vemos que algunos de los cuerpos se mueven, parece como que se arrastran... Y uno se incorpora a medias y parece que grita. Jamás hemos estado ante cuadro más trágico, esos soldados podrían acaso vivir, y, sin embargo, morirán de hambre, de sed, pasarán muchas horas agonizando sobre los cadáveres que hieden... Cuando nuevas olas de combatientes vengan a asaltar estas posiciones, sus sufrimientos tendrán fin; entonces los pisotearán sus compañeros y las balas de las ametralladoras alemanas y las granadas de mano los rematarán.

Pero ¿cuánto puede tardar el próximo ataque de sus compañeros? Acaso sea esta tarde, dentro de una hora, quizá no sea hasta mañana... Y, entretanto, si la herida no es muy grave, si es un balazo en la pierna o un trozo de granada que se llevó un pie, la muerte será lenta, revolcándose por el dolor en un lecho de muerte hecho con cuerpos podridos, con sangre coagulada, con miembros destrozados. Y la fiebre les abrasará, sin que nadie pueda acercarse a darles una gota de agua. Sucumbirán después de una horrible lucha con la muerte; esos organismos jóvenes se revelarán ferozmente contra lo inevitable, mientras que, poco a poco, paso a paso, sienten las manos de la Invisible hacer presa en sus carnes.

—Venga, venga—nos dice un oficial, arrancándonos de la mirilla, que nos tenía como hipnotizados.

Le seguimos inconscientes, atontados. Nuestro sistema nervioso ha recibido un choque furioso.

Nos ponen delante de otra abertura y vemos, a menos de cuatro metros, el rostro de un soldado inglés que hace muecas horribles, que tiene los ojos desmesuradamente abiertos, que grita, que aulla como un perro en la noche, que tiene espuma en la boca.

—Se ha vuelto loco—nos dice el soldado que vigila la ametralladora—. Cayó en el segundo ataque. Le hemos echado una cuerda por encima del parapeto para salvarle; cada vez que la cuerda le toca se echa a reír a carcajadas y da gritos agudos, pero no la agarra. Ha sido preciso desistir, porque es imposible salir en busca suya.

Y desde la abertura vemos los ojos azules muy abiertos, como si quisieran salir de las cuencas; vemos cómo rie el pobre loco, y cómo luego araña el rostro de un cadáver sobre el que está tumbado.

Todavía se ven otros cuadros semejantes por las varias aberturas que tiene este trozo de trinchera; pero no queremos ver más.

Todos pedimos salir de allí, regresar. Los pobres soldados alemanes, que por obligación han de permanecer allí, nos inspiran una gran compasión. ¡Oh, el terrible suplicio del centinela que forzosamente ha de tener frente a sus ojos los ojos del loco horrido! ¿No es para perder también la razón?

Salimos de la zanja como borrachos, aturridos, incapaces de pensar, obsesionados por aquellos brazos que se alzan pidiendo un auxilio que nadie les puede llevar, de aquellos que se yerguen en esfuerzo su-

premo contra la muerte... Nadie habla; marchamos detrás del capitán sin importar nos a dónde vamos, indiferentes a las explosiones que surgen por todas partes... Cuando nos encontramos de nuevo en el camino que la artillería inglesa bombardea desde las nueve hasta las doce, el capitán nos hace mirar hacia el sitio de donde venimos.

Allí caen ahora las granadas con furia; los ingleses preparan el cuarto asalto. ¡Pobres soldados alemanes que están en aquel lugar! Las explosiones son tan repetidas, que ya no sé las columnas que levantan: es la cortina de llamas, de humo, de tierra, que no se va nunca. ¡Pobres soldados del batallón de reserva! Hemos vivido unos minutos con ellos y ya sentimos afecto y cariño por aquel grandote rubio que fumaba la pipa sentado a la entrada de un agujero; por el otro de barbas de apóstol que nos guió hasta donde esperaban los compañeros y oficiales... ¡Pobres! ¿Qué será de ellos?

El cañoneo sobre los lugares que acabamos de abandonar nos golpea muy adentro, nos martillea las sienes, pero, al mismo tiempo, nos parece la voz de quien va a cerrar para siempre los ojos del loco y a hacer que cesen todas las angustias de los que se erguían sobre los cadáveres putrefactos.

Mírense algunos en él

¡Pobre señor D. J. G. C. Era suscriptor nuestro desde poco después de la fundación de EL AMIGO DEL POBRE. Cumplía sus pagos con una puntualidad admirable, pero llegó un tiempo en que sus achaques por causa de la mucha edad no le permitían ganar lo necesario para vivir, y antes que perjudicarnos en lo más mínimo nos avisó que le diésemos de baja, aunque mucho sentía tener que dejar su querido periodiquito que tanto bien hacía en aquella parroquia. Nos apresuramos a contarle que mientras tuviéramos EL AMIGO DEL POBRE no le faltarían los números de costumbre, y nos lo agradeció tanto que desde entonces, de vez en cuando nos envía cuatro, seis, ocho reales, parte de las limosnas que recibe. Es decir, que comparte con nosotros lo poco que le dan, sacrificio sublime por la propaganda del bien. Su última carta del 6 del actual, trajo seis reales en sellos de franqueo y nos dice que está sacramentado ¡El premio a este virtuoso anciano sacerdote será grande en la vida eterna; su celo por la prensa católica Dios se lo recompensará con creces! ¡Señor, mitiga sus sufrimientos, dadle luego lo que más convenga a la felicidad de este fiel siervo vuestro

Reverso

Figuran en nuestras listas de suscritores, algunos que nos deben más de un año sin que a pesar del tiempo transcurrido y de nuestros avisos, se acuerden, para obrar en consecuencia, que los pagos vencidos es dinero por nosotros ya desembolsado.

Algunos de estos retrasados son muy puntuales en avisarnos su cambio de domicilio, pero... nada más.

Y alguno ha habido que ha querido descontarnos los números que recibió

de menos cuando, sin culpa nuestra, tuvimos que convertir el periódico en quincenal durante cuatro meses para compensar gastos.

Unica y exclusivamente vivimos del importe de las suscripciones; si estas se reducen tenemos que reducirnos también nosotros en las tiradas ¿puede exigirse más?

Por lo tanto advertimos a los demasiado morosos que todos aquellos que para fin del año actual no estén al corriente con esta administración YA NO RECIBIRÁN EL PERIÓDICO DE 1.º DE ENERO.

Dense por avisados.

DE LA ALDEA

¿Cómo quies tú que yo te premita?
¿Cómo quies tú que yo te consienta
una cosa que yo no hice nunca,
una cosa que el cura condena;
si pa divertirse,
como Dios ordena,
basta sólo con dir a la plaza,
y coger una güena pandera,
y cantar unas cuantas tonadas,
como hizo tu madre,
como hizo tu agüela?

¿Cómo quies tú que yo te premita?
¿Cómo quies tú que yo te consienta
que vayas al baile
del tío Jorobeta,
donde agarraicus
y aprieta que aprieta,
balláis unas danzas
que asustan al verlas?

¿Cómo quies tú que yo te premita?
¿Cómo quies tú que yo te consienta
dir a aquel infieru,
que güele que apesta
a polvos de arroz
y a diablus de isencias,
donde el que las güele
un poco de cerca
se pone rilochu
y espienza a dar güeltas?

¿Cómo quies tú que yo te premita?
¿Cómo quies tú que yo te consienta
que gastes zapatos,
y blusas de seda,
si pa dir al baile
tu tataragüela,
fué toda la vida
mu retebién puesta
con un jubencicu
hecha de estameña,
y con escaarpines,
y con almadreñas,
ballaban alegres
al lan de la iglesia;
y no había cosus
de esos que dan güeltas
y tocan si emburrian
de la cigüela;
y había jolgorius,
y tenían fiesta,
y al son to se hacía
de la pandereta?

¿Cómo quies tú que yo te premita?
¿Cómo quies tú que yo te consienta
una cosa que yo no hice nunca,
una cosa que el cura condena;
si pa divertirse
como Dios ordena,
basta sólo con dir a la plaza,
y coger una güena pandera,
y cantar unas cuantas tonadas,
como hizo tu madre,
como hizo tu agüela?...

R. MATEO GIL.

LOS DERECHOS DE ESTOLA

I

—La paz de Dios, señor cura.
—Hola, Jumera. ¿Qué te pasa?
—Pues na, señor cura, que ya sabrá su mercé...

—Que te nació un chiquillo hace seis días. ¿No es verdad?

—Sí, señor, y como yo quiero cristianarle cuanti antes...

—Cuanto antes y aguardas seis días?

—Ya ve, semos tan probes... yo quise juntar algo, pero...

—Pero no has juntado nada.

—Ni un chavo, señor cura, se lo digo de juro. Por eso...

—Por eso vienes a que le bautice de balde.

—Ya ve su mercé. Vergüenza me da decirlo, pero...

—Pero no te da vergüenza el coger todos los domingos una turca. Con el dinero de la pítima de ayer pudiste pagar el bautizo.

—Señor cura, si uno no tiene donde caerse muerto, ¿va usté a pedirle entovía por hacerle cristiano al chaval que Dios le ha dao?

—¿Y qué tiene eso de particular? Mira, Jumera, si tú vas a un abogado a consultarle, o al veterinario a que le ponga un par de alpargatas al borrico, ¿no le das su honorario?

—Eso es otra cosa.

—Ya lo sé que es otra; como que ellos tienen más derecho al salario que el cura.

—Pues a mí me han dicho que Cristo mandó que los Sacramentos se diesen de balde.

—Te lo habrá dicho ese majadero de tío Bandurria que te está quitando el poco seso que te había dejado el vino. Pues dile que San Pablo dice que es justo que viva del altar el que al altar sirve. ¿Te enteras? Y que el dinero que se nos da por los bautizos y los casamientos no es pago del Sacramento, sino que el cura tiene que comer porque tiene boca como tú, aunque no tan maldiciente, y por eso cobra los derechos de estola.

—Pues otros no los quieren cobrar.

—¿Sabes por qué yo no quiero dejarlos de cobrar? Pues lo primero, para que tú y otros como tú no os vayais a creer que no tengo derecho a cobrarlos; lo segundo, porque me da la gana cobrarlos y son míos y esta es la razón más clara; y lo tercero, por que si yo no los cobro y viene detrás de mi otro que los necesita y os los quiere cobrar, no vayais a echarle en cara que el otro no lo hacía y le tratéis de avaro o de ladrón porque pide lo que es suyo. Conque, Jumera, desengáñate: a borracho me ganarás, pero a hablar claro, no.

—De juro, señor cura, que tiene razón. Pero si viera que no tengo ni un perro chico en mi casa.

—Vamos, Jumera, que eres muy gitano.

—Por esta cruz bendita, que allí mesmo me deshaga un antimóvil si no es verdad que me he salío de mi casa porque me ajondaba hasta el alma los jipíos que pegaban mis churrumbeles esmayaos de neseidad.

Aquí el buen Jumera sacó lo que le servía de pañuelo, se secó las lágrimas, se sonó las narices y aguardó.

Ya sabía el zorro el terreno que pisaba: no sólo sacó del cura el que le dispensase todos los *dineros* del bautizo, sino que le sacó una peseta para mercarle a la mujer una *juntura* que el médico le había mandado.

II

Al domingo siguiente se hizo el bautismo. Allí hubo chupas de pana y faldas con faraleras y la mar de trapitos.

El cura bautizó al morito de diez días, le dió unos cuantos consejos a la comitiva y se fué a tomar el desayuno. Luego, por la tarde, tomó su quitasol en la mano, su breviario bajo del brazo, y se fué a dar un paseo por la alameda.

A boca de noche volvía nuestro párroco rezando el rosario, cuando a la entrada del pueblo y en una casucha de mala muerte oyó un jolgorio que aquello era para alabar a Dios.

—¡Fiesta en la casa de Jumera!—se dijo para su capote.—¡Si ya me lo temía yo! Apuesto a que los derechos del bautizo los he cedido para que se tuerzan con ellos unos cuantos bribones!

Llegóse a la puerta y la abrió de un porrazo. Allí estaba el Jumera con sus convidados, que aquella tarde la habían tomado de las de primera con octava.

La bota corría de mano en mano y en cada contemplación que le hacía el que en las suyas la tomaba, se quedaba un cuarto de hora mirando al cielo en un éxtasis arrobador.

—Borracho más que Baco, ¿con que no tenías dinero para pagarme los derechos de estola y lo has tenido para armar la juerga?

—Señor cura,—berreó el Jumera, luchando en vano para ponerse en pie,—eche un traguico que es de lo mejor que tiene el Aguado.

—A ti es a quien yo voy a echar a la cárcel hasta que me pagues hasta el último céntimo de los derechos de estola.

—La estola... la estola... que el cura quiere la estola... y siguió balbuceando mientras se le caía la baba por la barba:—La estola... la...

El señor cura se llenó de santa indignación. Fué a casa del tabernero, que no sé si por casualidad o por malicia, se llamaba Aguado de apellido.

—Oye, Aguado, ¿cuánto se gastó hoy en vino ese borrachón de Jumera?

—Poco, señor cura, muy poquillo: como unas quince pesetas.

El cura reclamó y citó y recitó a

juicio al Jumerá para que le pagase el bautizo.

—¿Quieres creer que tuvo que callarse y echar tierra al asunto, porque a poco si se amotinaron contra él hasta los perros de los cortijos.

—¿Has visto al avaro del cura ese? —decía una bruja.—¿pues no quiere llevarle tres pesetas al Jumerá por bautizarle un chiquillo? ¡Ya ves! a un hombre que no tiene suyo ni los calzados.

—Si estos curas son unos avaros—gruñó otra lengua suelta del corro—si yo me tuviese que casar ya vería si le daba un cuarto.

—Eso lo dices,—replicó una vieja con antiparras y que por tanto debía tener sentido común,—porque no te llegará el caso en tu vida; pero si te llegara, ya tendrías pa comprarte los moñicos de boda.

ALBERTO RISCO, S. J.

Charla

—Estoy escandalizado con lo que acabo de presenciar. Le digo a usted que vivimos de milagro.

—¿Qué es lo que te trae tan asustado?

—Está allí en aquel fielato un inspector de la sanidad o lo que sea, tirando en medio de la carretera la mar de leche adulterada que unas cuantas

aldeanas... desaprensivas traían a vender a la villa.

—Eso no es nuevo, desgraciadamente.

—Ya sé que no es nuevo el caso, pero entonces ¿qué castigos son los que se imponen a esas que así atentan contra la salud pública que reinciden en el delito tantas veces?

—No lo sé, pero si fuera como el que se impuso a un comerciante en Alemania, según hace pocos meses leí, no les quedarían ganas a estos misticadores de por acá, de repetir la broma.

—¿Y qué fué ello?

—Que por ser reincidente en el delito de malear los artículos de venta, darlos además faltos de peso y desmesuradamente caros, le embargó la autoridad todas las existencias y él fué condenado a trabajos forzados.

—Dice V. que fué reincidente; ¿se supo qué le sucedió la primera vez?

—Tuvo el comercio cerrado un mes después de haberle obligado a repartir gran parte de sus artículos entre los pobres.

—Si por estas tierras tuviéramos autoridades parecidas a aquellas no se verían con tanta frecuencia espectáculos como el que yo acabo de presenciar, ni otros peores todavía, porque hay que desengañarse, hoy hay muy poco temor de Dios y donde el temor de Dios falta... al prójimo contra una esquina y más si se trata de ganar dinero.

—Tienes muchísima razón. Cada

vez está el mundo más perdido porque cada vez hay menos religión. ¡Qué bien nos lo explicó el inolvidable Clavarana en aquel artículo que reproduje en EL AMIGO DEL POBRE anterior ¿Lo recuerdas?

—No lo he de recordar, si era hermosísimo y contundente. Mire, mire, ahí van los lecheros y las lecheras a quienes tiraron la leche por nociva. ¡Y van tan frescos como si nada les hubiesen hecho! ¡Habrán pasado por lo mismo tantas veces! pero lo que ellos se irán diciendo: «A ver si para otra intentona somos más afortunados»

—Y puede ser que añadan también: los tiempos están malos y hay que trampear para ir viviendo.

—Y para sostener ese lujo que ahora me gastan las aldeanas que parecen señoritas. Véalas, sólo les falta el sombrero.

—¡El lujo a cuántos y a cuántas pierde!

—Diga usted, señor guardia, las multas impuestas a estas gentes que comercian con la salud pública ¿se hacen efectivas?

—¡Ya lo creo! si no se terciara por medio una buena influencia, que de todo hay en la viña del Señor.

—Eso de las influencias es lo que está acabando de perder a este desgraciado país de especuladores sin conciencia y sin vergüenza.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. G. C.—Laviana.—Pagó 1916.

:: MAURO ENTRIALGO :

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España Administración compra-venta de fincas Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

TEATRO MORAL

Colección de obras escénicas, propias para Colegios, seminarios, Círculos y Patronatos de Obreros, etc., etc.

Precio de cada ejemplar, 1 peseta.

Los pedidos, acompañados de su importe, a don Gregorio del Amo, Paz, 6.—Madrid.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

BANCO DE CASTILLA

SOLEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

RECOGE V. SELLOS

Mandando sellos usados ordinarios procurará usted gran gloria a Dios. Ayudará a librar a los jóvenes de las malas lecturas y propagará las buenas entre los niños necesitados. Pida informes y detalles de este hermoso apostolado. Para ello basta que mande su tarjeta o sus sellos en sobre abierto con sello de 1/4 de cént. a

Sr. Director de "La Notativa"—Hpart. 213.—Barcelona

Dr. Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63. Gijón.

Talleres mecánicos de construcción y reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 458.—Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de lutería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general. Prensas y mayadoras para manzana